



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9267

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. J. Renne rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

—CONDICIONES—

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 21.—

MÉRCOLES 21 DE SEPTIEMBRE 1892.

Museo Comercial.

Exposición permanente y venta en comisión de productos industriales.

Maquinaria para minería, agricultura y obras públicas.—Materiales de construcción.—Muebles.—Mayólicas hispano-árabes, pinturas y papeles para el decorado.—Cerámica y cristalería.

Precios fijos. Entrada libre.

Puerta de Murcia. Pasaje de Conesa.

CORREO DE SEÑORAS

Cada estación tiene un capítulo de especialidades mundanas. Ahora nos encontramos en el momento de los viajes, y saber viajar denota un gran talento.

Desde luego hay que formar bien el itinerario si en el viaje hay que hacer varias etapas, y después escoger bien las horas de partida y llegada, si es que vamos a parar a casa de amigos.

Ante todo, una palabra acerca de las maletas.

El gran arte consiste en formar con todo el equipaje un volumen lo más pequeño que sea posible. Nada es más molesto que el encontrarse rodeada de bultos de todas clases: maletas, saco de mano, sombrereras, cajas, etc. Se debe tener una maleta de juncos, forrada de hule y con dos divisiones: en el fondo se pone la ropa blanca y el calzado; se debe tomar la ropa interior absolutamente necesaria, es decir, la muda para una semana, sin omitir las toallas, para no exponerse a no encontrarlas en cantidad suficiente: en el primer compartimiento se colocan los trajes, y en el inferior los sombreros, sujetos por cintas que pasan sobre las alas de los redondos, y en las cuales se sujetan con alfileres las tocas y las capotas; en el fondo de la tapa, que tiene tam-

bién estas cintas, se sujetan igualmente con alfileres los fichús, las camisetas, los lazos, en fin, todas las insignificancias que se pueden ajar.

Cuanto al equipo, bastan tres trajes: uno de viaje, otro más elegante para paseo, y otro más elegante aún para hacer visitas ó asistir a alguna comida; añadamos una bata para casa, género *matiné*, para levantarse y usarla mientras se toma el desayuno; también se necesitan tres pares de calzado, zapatillas para la mañana, zapatos fuertes y otros de vestir; guantes en cantidad suficiente.

De este equipaje deben formar parte el paraguas y las corbillas, que se colocan en una correa con el impermeable; el guardapolvo y el chal de lana; esto se lleva consigo, lo mismo que el saco de la mano que contiene el neceser de *toilette*, peines, cepillos, limas para las uñas, tijeras, jabones, agua de tocador, esponjas y alfileres de todas clases; en fin, en una cajita todo lo que se necesita para coser: agujas, botones, hilos y sedas para poder reparar cualquier pequeño accidente.

No se olviden las chinelas y las ropas de noche con el saco que debe contenerlas durante el día. Se lleva esto en el saco de mano, y si nos detenemos en alguna nobleación, podemos pasar allí la noche sin tener el entorpecimiento de la maleta, que se puede dejar en la estación.

En los viajes no estamos sometidos como en la ciudad, a las presentaciones, ni tenemos que encerrarnos en el estrecho círculo de la etiqueta, sino que, por el contrario podemos familiarizarnos con nuestros compañeros de camino, y es muy agradable establecer relaciones de corta duración con los viajeros: se ha de ser atenta sin exageración; pero téngase en cuenta que hay necesidad de obrar así con las personas que van en el mismo departamento.

No es de buen gusto el comer en los coches públicos, sobre todo cuando los alimentos tienen muchos despojos y un obr demasiado pronunciado; pero si fuera preciso hacerlo, óbrese con mucha discreción, sin dejar caer ningún resto de la comida.

No nos olvidemos de poner en el saco de viaje el espejito de bolsillo, el frasco de sales y una bota con polvos, que se oculta en una punta del pañuelo para no iniciar a nuestros compañeros de viaje en los pequeños misterios de nuestra *toilette*; también se lleva en un frasco agua de Colonia para refrescar la cara y guantes de mida; así se llega a las estaciones con guantes muy limpios y para el camino se llevan otros que no lo sean tanto.

Un velo de gasa, si el calor permite llevarlo, preserva bien el rostro. En fin mencionaremos el cepillito en su estuche de cuero, cepillo que es indispensable para hacer desaparecer el polvo que entra por las ventanas y mancha los vestidos.

Una de las primeras cosas que hay que averiguar, cuando se llega a una casa extraña, es la hora de las comidas, pues hacerse esperar es dar una prueba de que se desconoce en absoluto el arte de saber vivir.

Además, que la cocina no agrade, no deberéis de ningún modo manifestar vuestro desagrado, al contrario, tendréis presente los esfuerzos que se hacen para trataros bien, y expresaréis vuestra gratitud con elogios si habláis a los dueños de la casa, ó con palabras que animen, si os dirigís a los criados.

Aunque se deje en completa libertad a la invitada hasta la hora del almuerzo, debe salir de su habitación tan pronto como sea posible para que los criados no interrumpa sus servicios; y si habitase en una casa en que no hubiera más que una criada, debe hacer su cama y

poner todo en orden antes de salir de ella.

También será conveniente para aligerar el trabajo de los criados, que cepille sus trajes y limpie su calzado, éste se lustra fácilmente con cremas y barnices, ingredientes que, juntamente con un trapo de lana, debe llevarse en una cajita.

En la mesa la persona invitada debe estar a la derecha del dueño de la casa; pero si llega otro convidado debe cederle su puesto.

Política, sencillez, y sobre todo discreción, tal es el código de saber vivir en casas ajenas. La indiscreción no debe impulsaros a penetrar los secretos de familia del dueño de la casa, como tampoco abrir su armario que tenga puesta la llave, a hacer preguntas a los criados ó a cojer las flores y los frutos del jardín; pero si se os invitase a cojerlos sed discretas siempre, cosa que, estad seguras de esto, agrada siempre al anfitrión, y no hagáis uso de los coches y de los caballos hasta que se os manifieste con insistencia el deseo de que los utilicéis.

La elección de las distracciones pertenece a los dueños de la casa; aprobad todo lo que se haga en este sentido para agradaros, aunque lo que se os proponga no os cause mucha satisfacción.

Antes de la comida tenéis que pasar algunos momentos en vuestra habitación para reparar vuestra *toilette* ó haceros otra nueva; después de la comida habrá algo de música, se jugará ó se hablará. La persona invitada es la que debe despedirse de los señores de la casa, cuando lo crea conveniente, teniendo en cuenta la hora a que éstos acostumbran a acostarse.

Al partir de la casa se debe dar una gratificación a los criados; y vale más que cada cual se quede en su casa, que faltar a esta costumbre. Dicha gratificación debe ser proporcionada al tiempo que se haya vivido en la casa, al número de criados que en la misma haya, a la

situación de la donante y a la de los dueños.

La receta de la semana

Consommé Marie-Luisa.—Para un kilogramo de carne de vaca, la mitad de una gallina medio asada, dos ó tres zanahorias, cebollas, puerros, clavos y un ramo de perejil; póngase todo en dos litros de agua y déjese cocer lentamente durante cinco ó seis horas; desgrásese y sírvase sin pan. Si se quiere que el *consommé* sea más suculento, añádase a la cocción una perdiz, un trozo de jamón, y en el momento de servirlo, un poco de extracto de Liebig.

MARIA.

COLABORACIÓN INÉDITA.

EL TETRARCA EN LA ALDEA

Hay conversaciones que desde que el mundo es mundo se suscitaron y suscitarán, y que tienen un desarrollo ya previsto, pudiéndose predecir de antemano las vulgaridades que han de decirse sobre la materia, por que de tiempo inmemorial vienen repitiéndose los mismos argumentos.

Posee este género de conversaciones la propiedad de inspirar frases enfáticas, de falsear la naturaleza imponiendo ostentación de sentimientos convencionales; y de aquí su eterna monotonía, porque si el hombre verdadero siente con infinita variedad y riqueza de matices, el hombre artificial, modelado por las preocupaciones de la vida, con movimiento automático.

Una de estas conversaciones es la conducta del marido con la mujer infiel.

Qué de resoluciones trágicas, qué de energías, qué de magestuosa altivez muestran entonces los hombres!

Cada quisque puede dar lecciones de dignidad a Oтелo; el médico aquél de la sangría suelta se queda tamaño.

Sin embargo, así como la observación positiva del desafío demuestra la gran superioridad numérica de los prudentes, la observación también positiva del conflicto conyugal revela que esas terribles vengativas son un lujo sentimental al alcance de muy contadas fortunas.

FLOR DE UN DIA

167

Antes de abandonar la empalizada de un edificio en construcción que seguía, Zamora dio vista al hotel, cuya verja, contra costumbre hallábase abierta y un coche parado delante de ella. Era la primera contrariedad que le salía al paso, pues el carruaje debía visita, la visita dilación y la dilación peligro que a cada momento perdido, convirtiase en inminente y acaso en insuperable.

Primero pensó en presentarse anunciando su pretensión a ser recibido, en una tarjeta que haría pasar a Diego ó a Mariana; luego desistió resolviéndose a esperar que se marchase la inoportuna visita, á reserva de presentarse a todo riesgo si tardaba demasiado, y fue á sentarse en una piedra de muchas recién cortadas de la cantera y conducidas allí sin duda para labrarlas.

Tal como se había puesto, cogía un poco de lado el hotel, de frente la parte de la fábrica destinada á talleres y una gran cerca de tablas marcando el terreno de otro edificio para el que se estaban acumulando copiosos materiales. Vea el coche que en el momento era su principal objetivo, y el largo espacio de la calle demarcada, que iba á terminar en Chamberí.

A la puerta de la casa de Alfarañes, estaban las dos hijas de la portería. La del cerquillo no perdía de vista el hotel, la otra dirigía la vista a la empalizada de que llevamos hecha mención, ambas con singular fijeza y más singular constancia.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 166

ficil y escabrosa que no hallaba el medio de superar sus serias y múltiples dificultades.

La fría razón, prescindiendo un tanto de compañerismos y entusiastas caballerías, hacía oír su voz obligándole a parar mientes en las muchas inconveniencias, ni reparadas ni apreciadas en los primeros momentos.

—¿Que voy a hacer yo?—se preguntaba, después de oír, entre dudas é incertidumbres.—¿Con qué carácter, voy á introducirme en una casa extraña donde soy completamente desconocido? ¿Con qué derecho, voy á mezclarme en un asunto en todo ageno á nosotros? ¿En qué forma abordo la materia más espinosa y delicada que puede tratarse, no siendo en justicia ó entre cómplices? Y resuelto á poner la mano en ella ¿a cuál de los dos hermanos me dirijo para servirles el plato de gusto de la denuncia!...

No hay cosa como entrar en sí mismos para que el enfriamiento se pronuncie sobre aquello que con más ardor se acomete en todas las sobreexcitaciones posibles; pero tampoco hay nada como el afecto, cuando es sincero y generoso, para reanimar el entusiasmo que hielá con su positivismo la reflexión. Tras tantas vueltas y giros en torno de la dificultad, Zamora no había resuelto nada en cuanto se refería a la forma en el desempeño de su misión, pero en honra suya, sea dicho, sin vacilar en cumplirla leal y resueltamente.

FLOR DE UN DIA

163

nia, y luego nos abofetea con la verdad y nos apedrea y confunda con sus monedas falsas...

—No, ni debemos, ni podemos, ni lo haremos.

—Pues no discutamos y á obrar. ¿Contamos con Pepe?

—No: dejemos su ideal dentro del nimbo de luz donde le ha colocado y si es posible que no penetre jamás lo que es necesario, dadas sus condiciones, que sea un secreto entre tú y yo.

—Lo apruebo: ¿Qué más?

—Yo me voy en busca de Valladares, y ó lo estrangulo ó le llevo de una oreja á que desmienta la denuncia.

—No Pepe: él no lo hará, y te comprometes tú y yo comprometo al pobre Antonio que vendrá á pagar los vidrios rotos.

—Es que no hay dónde escoger. Por de pronto yo no veo más que ese camino y el de dar la alarma en el hotel «con un salvase el que pueda!»

—Lo último me parece mejor y sobre todo de más pronto y felices resultados.

—Pues si te parece mejor, á ello.

—A ello. ¿Quién va al hotel?

—Yo. Tú ve á decir á tus padres que te has examinado. Después busca á Pepe, ponte á prueba de su mal humor, entreténle y distráele; si ocurre algo me avisas, y si no hasta la noche en el café.